

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 8 DE ENERO DE 1933

NÚMERO 2

Lindos ángeles...

1 Lin - dos án - ge - les can - to - res, de sa - lud a -

The first system of music consists of a treble and bass staff in G major and 3/4 time. The treble staff contains the vocal melody with lyrics, and the bass staff provides a harmonic accompaniment.

nun - cia - do - res, y za - ga - les y pas - to - res

The second system continues the melody and accompaniment from the first system.

«Sal - ve», cla - man al Se - ñor.

The third system concludes the piece with a final cadence.

2 Mientras canta alegre el coro,
vienen magos y un tesoro
dan de mirra, incienso y oro
al bendito Rey de amor.

3 «Clara noche, santo día»,
claman todos a porfía;
y alegría y alegría
dice el eco sin cesar.

4 Lo divino se ha humanado,
¡Cristo, tú, Dios encarnado,
séate por siempre dado
reino, gloria, potestad!

"Porque
su estrella
hemos visto
en el Oriente."



La capital de Judea despertaba de su sueño. Por uno y otro lado veíanse ventanas entreabiertas, indicio claro de que sus moradores preparábanse para vivir el nuevo día que el Señor les permitía ver.

Unos instantes después las calles rebosan gentes de todas clases y condiciones. Escribas y fariseos que caminan hacia las sinagogas. Mujeres sinceramente religiosas y llenas de piedad que se dirigen al templo a orar. Mercaderes que llevan a cuestras los bártulos necesarios para instalar sus puestos en el mercado público. Mendigos que se dirigen a sus lugares habituales para tender su mano, implorando la caridad de los transeuntes compasivos.

Y cuando mayor es el bullicio, los guardianes herodíacos de la puerta de la ciudad vense sorprendidos por la llegada de una fastuosa e imponente comitiva. Tres hombres, que por su lujoso atuendo parecen reyes, o al menos nobles, quieren entrar en la Ciudad Santa acompañados de sus servidores.

Uno de los guardianes, todo asustado, acude con diligencia para informarse de la calidad y procedencia de quienes de aquella súbita manera atrévase a interrumpir la

paz de Jerusalén. Y todo afabilidad, preguntales cortésmente cuál es el propósito que les anima al querer entrar en la ciudad.

Ya las gentes se han percatado de la presencia de estos extranjeros, y el asombro de todos raya en lo indefinible. Jamás han visto, ni aun al propio Herodes, vestir con tanta majestad y distinción.

Y su asombro no tiene límites cuando uno de los tres personajes, que van montados en soberbios camellos, pregunta al guardián:

—¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?

Imposible describir el efecto que en el soldado romano producen estas palabras: —¿Acaso—piensa—Herodes ha sido favorecido con el nacimiento de un hijo, y la ciudad se halla despreocupada de este fausto acontecimiento, y continúa entregada a sus habituales quehaceres?

Mas una voz interior le acosa, diciéndole muy fuertemente: —¡No! Herodes no ha visto aumentado su regio hogar. Y, perplejo ante la pregunta que el extranjero le dirige, y creyendo, por otra parte, que puede ser algún rey vecino, que venga a

rendir a su monarca pleitesía, encamina sus pasos y los de sus acompañantes hacia el Palacio.

Allí Herodes, todo tembloroso, recibe la noticia—la buena noticia—que los Magos le llevan, aun cuando él, debido a su soberbia y ceguera, no la pueda ni siquiera vislumbrar en toda su grandeza.

Y el monarca judío teme por su reino. Teme por él, porque sabe que el pueblo no se halla muy contento de su reinado, y cree que se ha levantado alguien, o puede levantarse⁶¹ para derrocarlo en el trono.

Convoca a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo para preguntarles en qué lugar y en qué forma había de nacer el Deseado de las gentes. Y, una vez que lo sabe, se entrevista con los Magos para inquirir noticias acerca del acontecimiento que acaban de comunicarle.

E hipócritamente, y fingiendo interés por el Rey de los judíos recién nacido, y así que los escribas y sacerdotes le han manifestado que la ciudad de David ha de ser la favorecida para que en ella naciese el Mesías anunciado por los profetas, envía allí a los Magos, encargándoles que se enteren del paradero del niño y vuelvan a participárselo, para que él, a su vez, vaya también a adorarle.

Mas la estrella del Señor que les había llevado desde el Oriente lejano de donde procedían hasta Jerusalén, sale a su encuentro para guiarles en el camino que han de seguir para lograr buen éxito en su empresa.

Van todos entretenidos, refiriéndose sus hazañas, y la visión gloriosa que cada uno ha recibido—visión divina que les ha impulsado a dejar sus hogares y su Patria—para ofrendar al Rey de Reyes sus tesoros y adorarle—que casi no se percatan de que la estrella va delante de ellos, conduciéndoles a puerto seguro.

El cortejo avanza, y, a medida que avanza, parece ser que la estrella va perdiendo

su fulgor, pues perciben más de lejos su brillante claridad. Ya no despide rayos potentes, sino tenue brillantez. No importa; ellos saben que quien les ha impulsado a esta empresa ha de ayudarles a llevarla a feliz término, y caminan confiados en su Señor, a quien quieren obedecer y servir.

Ya vislumbran a lo lejos unas tenues lucecitas que indican claramente la proximidad de alguna ciudad, que ellos esperan como el fin de su viaje.

En efecto. Ante una rústica vivienda, rebosante de humildad, detiéndose la estrella. Dentro del "khan" o posada de Betlehem, y en un mísero rincón de la cueva destinada a los establos del ganado, aguarda el homenaje que estos tres sabios han de rendirle el Hijo de Dios hecho carne, que, siendo Rey de Reyes y Señor de Señores, llega en su amor a la Humanidad hasta lo sumo, y se hace hombre para habitar entre nosotros y efectuar nuestra redención, naciendo como un débil niño, necesitado de los mayores cuidados y atenciones, que José y María prodiganle con todo cariño.

Y los Magos, al ver una vez más el astro refulgente en el firmamento, comprenden cuánta ha sido la misericordia de Dios, que les ha librado de todos los peligros en su largo viaje, y, postrados de hinojos, prorrumpen en cantos de alabanzas al Supremo Hacedor de cielos y tierra, clamando a gran voz:

—¡La estrella! ¡La estrella! Dios está con nosotros.

RAMÓN TAIBO SIENES

VENCE CON EL BIEN AL MAL

(Continuación)

Algunos camaradas serios, queriendo sacarle faltas, le tildaban de demasiado sensible, de poco viril. Pero esto acaso lo pareciera porque a Svante le era imposible hacer daño a ningún ser viviente. Sin embargo, no era cobarde. Siempre que veía a al-

guien maltratando a sus bueyes, caballos o asnos, les hablaba y les reprendía, diciéndoles si no se avergonzaban de estar martirizando a un débil e indefenso animal. En algunas ocasiones, hasta se atrevió a arrancar el látigo de las manos del atormentador, y esto a pesar de las injurias y amenazas que llovían sobre él. Ya veis, niños, que Svante no era de ningún modo ni miedoso ni cobarde.

Y aconteció que en su país natal estalló una guerra, la peor de todas: la guerra civil. El pueblo, incapaz de ponerse de acuerdo acerca de ciertos asuntos que consideraba de extrema importancia, y en vez de tratar de allanar las graves cuestiones con prudencia y espíritu conciliador, no pensó que la justicia y el derecho debían prevalecer. Y así, se dividieron en dos bandos opuestos y tomaron las armas, en lugar de encomendar este asunto a un arbitraje que hubiera decidido el conflicto. Echaron a un lado todas las teorías de que un país debe ser gobernado por la Ley, como nuestros antepasados lo practicaron y nos lo enseñaron. Permitieron, por el contrario, que el espíritu de odio reinara en ambos campos y dejaran el deseo de vengarse rienda

suelta. A sangre y fuego se atacaron mutuamente, devastando y matando sin tregua ni cuartel. Ancianos, jóvenes de ambos sexos, incluso niños, fueron envueltos en el oleaje de pasiones perversas, y los más terribles hechos se registraron de una y otra parte.

La mayoría de los compañeros de Svante se alistaron como voluntarios y tomaron las armas, pero no así él. El supo apropiarse palabras proferidas por su padre, un inteligente y entusiasta cirujano que día y noche se hallaba sumido en el trabajo de curar y auxiliar a las víctimas mutiladas y heridas. Eran éstas sus palabras: "Cuando los hombres se entregan al cruel juego de pervertidas pasiones, llegan a ser más feroces que las bestias."

Poco antes de Navidad, Svante, que contaba diecisiete años de edad, tuvo noticias de que unos cuantos jóvenes, la mayoría de ellos antiguos compañeros de colegio, se hallaban asediados en una isla frente a la costa y rigurosamente bloqueados por el enemigo, cuya intención era, sencillamente, dejarles morir de hambre.

(Continuará)

El cuervo, la paloma y la nieve

Con ífan el más protervo
revolcábase agitado
en un monte muy nevado
cierto negro grisimo cuervo.

Una paloma que leve
revolcaba por allí
preguntóle por qué así
se rastreaba en la nieve.

El dijo: —Por Belcebú,
que voy contigo a ser franco,
quiere teñirme de blanco
y ser lo mismo que tú.

Ella repuso; —Ya vi;
pero te engañas quizá,
pues negra a la nieve harás,
sin blanquearte ella a ti.

Y así, en efecto, ocurrió,
pues la nieve, a su contacto,
dejó de serlo en el acto
y en agua se resolvió.

Y el agua nevada, en suma,
sobre la pluma del cuervo
resultó, dolor acerbo,
tan negra como su pluma.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.
Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60, Madrid.